

partido que tomé fué aplicarme á recoger en mi espíritu todas las objeciones que me pudieran ocurrir, para presentárselas, esperando que no las podria resolver, y que yo hallaria en la discusion los medios de conocer la parte débil de todos sus discursos. Lo que pasó en la conversacion del otro dia, será el objeto de mi primera carta. A Dios, Teodoro.

## CARTA IX.

## EL FILÓSOFO A TEODORO.

**T**EODORO mio: yo habia pasado toda la noche ménos ocupado en hacerme cargo de las razones del padre, para penetrar toda su fuerza, que en juntar objeciones para combatir las. Me parecia vergonzoso que un pobre eclesiástico, que yo habia creído ignorante y vulgar, como los otros, pudiese vencerme en esta lucha, y así me armé de cuantas reflexiones me suministraron mi razon y mi lectura. Las creí insolubles, y me decia: Pues el padre ha podido sorprenderme con la novedad de sus razones, yo le estrecharé con la fuerza de las mias. Si yo no puedo responder á sus difi-

cultades, tampoco podrá responder á las que voy á proponerle, y quedaremos iguales. Con esta disposicion, luego que llegó, empezó nuestra conferencia. Para evitar las repeticiones, dividiré nuestras réplicas con rayas, y el contexto te hará reconocer al interlocutor.

Yo dí principio de este modo: Ya visteis que ayer os escuché con atencion, y os confieso que me habeis sorprendido y embarazado. Me habeis dicho muchas cosas muy fuertes y nuevas para mí, que no han dejado de hacerme grande impresion. Reconozco que no es posible considerarlas atentamente, sin sentirse como casi necesitado á rendirse, y que los que se fundan en las pruebas que me habeis expuesto, no son tan insensatos como yo pensaba; porque no es posible revestir mejor con el semblante de la verdad y de la razon un sistema que por sí mismo presenta el de la contradiccion. Creo tambien que será menester talento y estudio para despojarle de las formas especiosas que le habeis dado, y reducirle á su figura natural.

Pero despues de haberos confesado con sinceridad el efecto que me ha producido, permitidme que os pregunte: ¿Cómo un hombre de la instruccion y talentos que mostrais, puede persuadirse é intenta persuadirme seriamente tanto agregado de absurdos y contradicciones?

Considerad ¿cuántas imposibilidades contiene y

supone el hecho solo de la Resurrección de Jesu-  
cristo! ¡qué conjunto de cosas tan absurdas como  
contradictorias! ¡Un Dios que se encarna, que su-  
fre, que padece, que muere y se resucita! ¡Pue-  
de esto caber en una razon sana, y que no está  
trastornada por el ardor de un frenesí? Desde  
luego todo esto parece indecente é indigno de la  
sabiduría de Dios y de su magestad. ¿Por ventu-  
ra Dios necesita, para obtener sus fines, valerse  
de medios tan ridículos, y que se parecen tanto á  
los humanos?

Resucitarse á sí mismo es una contradicción  
manifiesta; resucitar á otros es ya un prodigio  
que no se puede concebir. Por mas esfuerzos  
que haga la razon, no puede comprender cómo  
es posible que se pueda volver á animar un cuer-  
po, que se pueda restituir á su primera armonía  
una máquina ya desorganizada, restablecer sus re-  
sortes y proporciones, y volver á unir dos subs-  
tancias que las leyes naturales habian separado.

Y si esto no se puede concebir, ¿qué será resu-  
citarse á sí mismo, salir del sepulcro por su pro-  
pio poder, abrir los ojos á la luz cuando la muer-  
te se los ha cerrado; en fin, volver por sí mismo,  
y empezar á existir de nuevo, cuando ya se ha  
perdido la existencia? ¿No es este un prodigio que  
no se conoce sino como un imposible? Si yo os  
dijera que un ente ha salido por sí mismo de la  
nada, vos me responderíais con razon que esto es

imposible, y que implica contradicción; que la na-  
da y el ser estan en una distancia infinita; que la  
nada no puede hacer nada, y ménos darse ella el  
ser: yo os digo lo mismo. La muerte es la nada  
de la vida, y es tan imposible que un muerto que  
no tiene vida se la dé á sí mismo, como lo es que  
un ente que no existe, se dé el ser á sí propio.

A vista de esta demostracion palpable, ¿qué  
fuerza me pueden hacer todas las pruebas que los  
ingenios acumulen contra ella? Cuando á las que  
me habeis alegado ayer añadiérais otras infinitas,  
pudiérais embarazarme; pero todas deben ceder  
á la evidencia de estas ideas.

El padre me respondió: ¿Qué, señor? Yo os he  
probado ayer con pruebas evidentes y positivas  
que Jesucristo resucitó, y en vez de proponerme  
razones que destruyan la fuerza y la verdad de es-  
tas pruebas, venis á exponerme imposibilidades  
vagas, que no son mas que imaginarias. Yo os  
he demostrado la Resurrección; y vos me respon-  
deis por toda razon que es imposible. Para com-  
batirme, era menester probarme que mis pruebas  
son ó falsas ó débiles; pero miéntras vos las de-  
jais en todas su fuerza, yo tengo derecho de de-  
cirlos: Yo os he probado la existencia de la Resur-  
rección, y estoy en regla; porque del acto pruebo  
la potencia. Mi racionio es este: pues Jesucris-  
to resucitó, pudo resucitar: vos haceis el inver-  
so: Jesucristo no ha resucitado, porque esto es

imposible. Yo os pregunto: ¿Cuál de los dos se conforma más á la sana lógica?

Yo pudiera, pues, contentarme con esta respuesta, y á cada una de vuestras objeciones ó imposibilidades responder simplemente: Está probado. Vos me diriais: Esto es indigno de Dios; y yo: No ciertamente, pues que lo ha hecho; Dios no puede hacer nada indigno; sin duda vos os engaiais. Esto es contradictorio. No, pues es evidente que ha sucedido; y miéntras no destruyérais las pruebas en que me fundo, pudiera fácilmente y con una palabra deshacer vuestras objeciones.

Con todo, vamos á examinarlas. Decís que el hecho es extraordinario, incomprendible. ¿Quién lo duda? Acaso es el mayor de los que se pueden imaginar. Es verdad; pero está probado; pero no se puede dejar de creerlo. ¿Pretendeis que sea superior al poder divino? Esto sería temerario; porque ¿quién puede atreverse á marcar los términos de la Omnipotencia?

Pero es contradictorio. ¿Qué hombre tiene la inteligencia necesaria para distinguir los límites de la posibilidad? ¿y quién tampoco me podrá asegurar que hay en ello contradicción? ¿Qué es resucitar un muerto? Volverle á dar la vida. El que hizo al hombre, el que le dió la vida, el que se la quita cuando quiere, ¿no podrá dársela una segunda vez y mil, cuando lo tiene á bien su providencia?

¿Pero resucitarse á sí mismo? ¿resucitarse cuando ya separada el alma del cuerpo, no puede ella tener influencia sobre él?... ¿Y quién ha dicho que el alma de Jesucristo resucitó su cuerpo? El que resucitó á Lázaro, el que resucitará á todos los hombres, Dios, en fin, fué el que lo resucitó.

Pero esto es indecente é indigno de Dios. Mucha temeridad sería decir esto, despues que se ha probado que Dios lo ha hecho. ¿Pero en qué se opondrá este tan estupendo y superior milagro á las divinas perfecciones? ¿Cómo ó por qué se opondrá su realidad á la justicia, á la santidad, la sabiduría, la misericordia, la bondad ó la veracidad de Dios? ¿Y qué, un milagro que prueba la divinidad de Jesucristo y la verdad de la religion cristiana, os parece superfluo ó indigno de la magestad de Dios?

¡Ay, señor! si conociérais bien la religion cristiana, si supiérais por ella cuánto es el amor de Dios para los hombres, la bondad con que desde la creacion les prometió un Redentor, que debia ser su único Hijo, la atencion con que preparó su venida, el cuidado con que separó de todos á un pueblo, para que de él se formase el que hoy le adora por Jesucristo, no extrañaríais que hiciese un milagro que debia ser tan glorioso á su Hijo y tan útil á los cristianos; pues es el que mas ha servido á establecer su fe, y es hoy mismo el que mas los consuela con la esperanza de su felicidad.

Esto no es del momento; me basta deciros por ahora que no hay en la Resurreccion las contradicciones que aparentais; que léjos de haber indecencias, no se ven mas que pruebas de la bondad divina, que ha querido dejar á los hombres medios fáciles y evidentes de reconocer la verdadera religion. Y aun quando hubiera cosas que nos parecieran contradictorias ó indecentes, nos debiéramos someter; porque por un lado está demostrada su verdad, y por otro debemos reconocer que nuestra razon es limitada, que nuestra sabiduría no es la de Dios, que nosotros podemos engañarnos, que lo que nos parece imposible no lo es para Dios, que lo que nos puede parecer contradictorio puede no serlo, y ciertamente no lo es, cuando pruebas irresistibles nos han demostrado su realidad; en fin, que no podemos ser responsables de no entender los misterios que no alcanzamos; pero que lo serémos mucho, si despreciando las luces que Dios nos envia, y poniendo una injusta y nimia confianza en las sugerencias de nuestra razon, nos dejamos seducir del amor propio, y no abandonamos el error de sus opiniones. —

Ya os entiendo, padre, le repliqué; me baldonáis que despues de haberme probado la Resurreccion con pruebas positivas, yo me contento con producir os reflexiones vagas y generales: teneis razon; yo sé que este método es defectuoso; que

todos los argumentos negativos no pueden destruir una afirmacion suficientemente probada, y para combatirla es indispensable atacar y deshacer las pruebas en que se funda; y pues parece que me desafia ya este empeño, voy á tomarle, y verémos si en esta parte son mas felices mis esfuerzos.

Vos no teneis mas fundamento para creer la Resurreccion, sino que el cuerpo despues de enterado no volvió á parecer, no se pudo encontrar. Esta es la basa en que los discípulos fundaron la relacion de que se les habia aparecido. ¿Pero por qué esta relacion no ha podido ser una fábula? ¿Quién puede asegurarme que ellos mismos no le robaron? No me olvido de lo que me habeis dicho: confieso que atendida la calidad de sus personas, su dispersion, su experimentado carácter de timidez, la guardia que los observaba, y todas las demas circunstancias del suceso, es muy difícil concebir que se hayan atrevido, y ménos que hayan logrado una empresa tan difícil y tan superior á sus fuerzas; comprendo todas las dificultades de esta suposicion.

¶ Pero despues de todo aquí se trata de un hecho mas extraordinario y mas lleno de dificultades que las que puede tener la suposicion misma: no es nada ménos que un muerto que se resucita á sí mismo; y esto es mil veces mal difícil de creer, que no el que sus discípulos le pudiesen ro-

bar. Cuando yo me veo en el conflicto de dos extremos, es natural que mi razon se incline al partido que presenta ménos dificultades, y que me diga: Parece en efecto imposible que estos pobres hombres tuviesen medios ni fuerzas para esta empresa; pero el cuerpo no parece, y él ha salido de algun modo.

Puede ser que estos hombres encontrasen medios que yo ignoro; puede ser por ejemplo que pudiesen embriagar los guardias, que los pudiesen corromper. Esto no es verosímil, no es probable, pero no es físicamente imposible, como lo es que un muerto se resucite, y salga por sí mismo de su tumba; y en este caso, ¿quién puede dejar de determinarse por aquel partido?

Por otra parte, los guardias han dicho que se durmieron, y que los discípulos se aprovecharon de su sueño para robarle. Ve aquí un rayo de luz que me empieza á manifestar el modo con que la cosa ha podido suceder. Bien sé que si dormian no lo podian ver; pero quizá fingieron que dormian, y quizá sobornados afectaron el sueño, para dejar hacer, y luego dicen á los magistrados que dormian para disculparse. Puede ser esto, pueden ser otras mil cosas; y cualquiera que se diga será ménos increíble que la resurreccion de un muerto.

Veme ya, pues, sin embarazo; y toda la ventaja está por mí. Si los apóstoles me alegan la im-

posibilidad del robo, yo les manifiesto la posibilidad; si ellos son los testigos de la Resurreccion, los guardias lo son del robo; si estos tienen el interes de disculparse y alegan el sueño, aquellos tienen el interes de su amor propio y la gloria de su Maestro; si los primeros dicen cosas absurdas, indignas de creencia, estos dicen cosas naturales y posibles. Así testigos por testigos, estoy por estos; y desde que yo presento un medio que puede explicar los hechos sin recurrir á milagros tan fuera de toda creencia, me basta proponerlo para destruirlos.—

Yo creia, señor, haberos dicho lo bastante para haceros conocer la imposibilidad de que los discípulos fuesen los autores de este robo. Pudiera añadirlos ahora, que cuando os fuera posible figurarme un plan tan regular y seguido de todas las circunstancias históricas del hecho, que me pudiérais indicar paso á paso y minuto por minuto lo que pudieron ejecutar para su logro; cuando pudiérais concertarle con tanto ajuste que nada en él resistiese á las leyes de la naturaleza y de los usos, no por eso adelantaría un paso. Hubiérais hecho una fábula ingeniosa, una novela verosímil; pero no seria un principio de prueba. Las verdades de hecho no se prueban sino con otros hechos ó con testigos.

¿A dónde iria á parar la certidumbre de la historia y el reposo del espíritu, si para desmentir

Las pruebas bastara intentar suposiciones arbitrarias, ó imaginar probabilidades verosímiles? Las conjeturas no prueban otra cosa que la fecundidad del ingenio; pero deben ceder á la prueba mas ligera, sobre todo en asuntos de esta consecuencia. Y cuando yo os he alegado tantas, tan sólidas y convincentes, no es de pensar que con *una puede ser* lograréis destruirlas.

Lo peor es que, si quereis reflexionarlo bien, veréis que aun ese *puede ser* es imposible, y que la substraccion del cuerpo no es el fundamento ni la prueba de la Resurreccion, sino la multitud de testigos oculares los mas dignos de fe que la vieron y la certifican. Vos me oponéis testigos á testigos; pero, señor, ¿conoceis bien vuestros garantes, y olvidais lo que son los míos? ¿Podéis comparar los guardias á los apóstoles? ¿Qué son ellos? Hombres mercenarios, que léjos de exponer su vida por declarar una verdad, dicen una mentira manifiesta para disculpar su aparente falta; mentira tan visible, que los jueces á pesar de su saña y del interes de su gloria, no se atreven á seguir, porque conocen que nadie la creería: ¿y quereis poner en contrapeso este testimonio visiblemente falso de hombres obscuros y desconocidos con el de los apóstoles, que lo decían en medio de las amenazas y tormentos con riesgo de su vida; con el de los apóstoles, varones justos, que vivian una vida santa, y que re-

vestidos del poder divino multiplicaban las conversiones á fuerza de milagros? ¿Cuál es, señor, vuestra balanza?

—Confieso que la distancia es inmensa. Pero omitiendo todo esto, explicadme, padre, ¿por qué la Resurreccion de Jesucristo no fué mas pública? ¿por qué á lo ménos no lo fué tanto como su muerte? ¿Por qué, pues hizo este milagro, no le hizo de una manera tan notoria y evidente, que nos quitase toda especie de duda, y nos obligase á creerlo? ¿Por qué no se dejó ver de todo el mundo? ¿por qué no habló con todos? ¿por qué se contentó con mostrarse á pocas personas, y eso por poco tiempo, pues ellas mismas dicen que al cabo de breves dias subió al cielo?—

Me parece, señor, que oigo hablar á los judíos, que cuando estaba en la cruz le decian cosas muy parecidas. Las gentes del pueblo le decian: Tú que destruyes el templo y le reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo. Los grandes y los entendidos decian: El ha salvado á los otros, y no se puede salvar á sí mismo; si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y creerémos en él. Sin duda que estos señores se imaginaban que Jesucristo debia servirles á su gusto, y que no podia manifestar bien su poder, sino haciendo lo que ellos le dictaban: así le prescriben con exactitud el tiempo y el modo, y parece que le imponían condiciones para creerle. Querian...

Yo me sentí picado, y le interrumpí: No, padre, vuestra comparacion no es justa, ellos le insultaban; y yo hago un racionio sensato y juicio, cuya fuerza destruye vuestra resurreccion, porque ve aquí lo que digo: Es cierto que si Jesucristo ha resucitado, no ha podido hacerlo sino para dar una prueba visible de su poder y su divinidad, para acreditar lo que habia dicho, y persuadir la religion que predicaba: en este milagro tenia sin duda el mismo objeto que tuvo en los demas, si fueron ciertos: vos decís que todos los otros fueron públicos, y que los hacia á la vista de todos; y yo digo: ¿Cómo el de la Resurreccion, que era mas importante y mas decisivo que ninguno, no le ha hecho de la misma manera? ¿Cómo se ha contentado con hacerle como á medias, como á obscuras, con comunicarlo nada mas que á un corto número de personas?

Pues la Resurreccion era la última y la mayor prueba que podia dar de su mision, parece que debia ser tambien la mas auténtica. Todos los judíos debian verla, y parece que la luz del sol no debia bastar para alumbrar y quitar todas las nubes al prodigio. Un Dios infinitamente bueno y poderoso, cuando se trata de su gloria y de nuestro bien, debe emplear para conseguir lo que desea los medios mas seguros y eficaces. Se debia á sí mismo y nos debe á nosotros darnos una conviccion tan irresistible, que no solo nos forza-

se á la persuasion, sino que nos diese documentos firmes para cerrar la boca á los incrédulos. Con esto solo, ó sin mas que este esfuerzo, todo el mundo se hacia cristiano, y la religion se propagaba en un instante.

Para esto, pues, parecia regular y conveniente que Jesucristo hubiese salido vivo de su sepulcro á la vista de todo el pueblo y de sus mismos jueces; ó que pues murió en la plaza, se apareciese en ella, y que hablase con todos; ó que en fin, se mostrase de una manera tan evidente y pública, que no pudiese quedar el menor lugar á la duda de nadie. Esto seria mas digno de su bondad, esto hubiera hecho mas honor á su poder y á su gloria, esto hubiera sido mas seguro para los hombres, y esto, en fin, seria obrar como Dios. Pero quién me persuadirá que Jesucristo lo es, y que ha resucitado, cuando se me dice que en vez de servirse de uno de estos medios dignos de su grandeza, resucitó á solas, se apareció únicamente á pocos de sus discípulos, dejando á todo el resto del mundo en la obscuridad, en la desconfianza, en las sospechas de la verdad, y sin conseguir el fin que él mismo se propone? Un prodigio tan asombroso, que solo bastaba á producir la conversion del mundo entero, no produce, ó casi no produce efecto. Todos los esfuerzos de Jesucristo se malogran, porque los hace á obscuras, porque solo los participa á otros, en quienes no

puedo ni me debo fiar, pues son hombres como yo, que pueden engañarse ó engañarme: en fin, quiere que mi fe, mi creencia, mi felicidad dependan del crédito que dé á esos hombres. ¿Por qué, pues, no me la hace ver á mí mismo, si desea que yo la reconozca?

Porque, padre, ó Jesucristo deseó que todo el mundo se hiciese cristiano, ó no lo deseó. En el primer caso, suponiendo que fuese Dios, era natural que emplease los medios oportunos y eficaces para lograr su intento, y le hubiera conseguido, si se hubiera aparecido de uno de los modos patentes que he indicado. No habiéndolo hecho, ¿qué ha resultado? Que pocos han creído en él. ¿Y de aquí qué se infiere? Que no tomó los medios necesarios para obtener sus deseos; y yo vendré á una serie de consecuencias necesarias, que cada una bastará para echar por tierra la Resurreccion; porque yo diré:

Jesucristo resucitó para hacer ver que era Dios, y que el universo le adorase; pero el hecho es que entónces pocos creyeron en él; que hoy mismo la mayor parte de los hombres no le conoce ni le adora, y que muchos que le conocen, ni le adoran ni creen en él. ¿Pues cómo siendo Dios, no ha podido lograr sus fines ni sus deseos? ¿Cómo siendo Dios, ha hecho tantos esfuerzos, como nacer, sufrir, morir y resucitar, sin poder obtener el precio de tantos sacrificios?

¿Por qué si es Dios, no tomó medios mas eficaces? ¿Cómo siendo Dios, no previó que cuanto hacia no era suficiente? ¿Cómo no previó que su Resurreccion de la manera que la hizo no bastaria á persuadirlos á todos, y que era menester hacerla de un modo tal que por su evidencia y universalidad quitase todas las dudas, ó que tomase otro medio que fuese mas seguro?

Si no pudo resucitar mas que de la manera que resucitó, no era Dios, porque Dios lo puede todo: si pudo y no lo hizo, sabiendo que lo que hacia no era bastante, no era Dios; porque Dios es bueno, no hace cosas inútiles, y si ama al hombre, debe hacer lo que le sea mas conveniente; y así, á vista del poco fruto que produjo la Resurreccion de Jesucristo, se debe inferir que ó no lo previó, ó que no pudo hacerla mejor, ó que no quiso; y en todos esos casos no es Dios. Pero la consecuencia mas natural de todas es que la dicha Resurreccion parece ser una patraña mal urdida, que de la manera que se refiere es indigna de Dios, y que solo pueden creerla los hombres débiles. Ved, padre, si podeis desembarazaros de este laberinto, y hacedme mas justicia, reconociendo que no hablo tan sin razon como dais á entender.

—No niego, señor, que vuestras reflexiones sean especiosas, y confieso presentan una apariencia formidable; pero procuraré satisfacerlas, y vos mismo juzgaréis en vista de mi respuesta. Em.

pezaré por deciros que con vuestro argumento mismo puedo probaros que no hay Dios; y ve aquí cómo: Si hubiera un Dios, esto es, un ser infinitamente bueno, sabio y poderoso, nos hubiera dado pruebas tan visibles, tan palpables de su existencia, que fuera imposible que nadie dudase de esta verdad. El se debía á sí mismo, y debía á nosotros iluminarnos de tal manera, que nunca ni ninguno pudiera tener la menor duda; porque de este modo todo iría mejor sobre la tierra; ó no habría delitos ó serian mas raros, las virtudes fueran mas comunes y serian mas puras, los hombres mas dichosos, y la misma Divinidad seria adorada con culto y respeto mas sincero.

Con todo, el hecho es, y vemos por experiencia, que hay muchos que no creen su existencia, y que enteramente se abandonan á sus pasiones. Seria, pues, consecuencia que no hay Dios; porque si le hubiera, es seguro que un Dios que todo lo preve, y que es tan bueno y poderoso, hubiera dado á los hombres tantas pruebas de que existe, que ninguno pudiera dudarlo. Y si no que se me diga, ¿por qué habiendo previsto que las pruebas que ha dado no serian suficientes, no ha dado otras mayores? Y yo concluyera como vos: si no lo ha previsto, no es sabio; si lo ha previsto y no ha podido darlas, no es poderoso; y si podia y no ha querido, no es bueno; y terminaria con decir que la existencia de Dios es una patraña.

Si yo, señor, os presentara estas reflexiones, vos me respondiérais que Dios ha dado tantas pruebas de su existencia, que deben bastar á todo hombre juicioso y de buena fe; que si á pesar de esto hay hombres que las desconocen, es porque no se aplican á instruirse, ó porque se dejan cegar de sus pasiones; que es mucha temeridad increpar á Dios que no nos haya dado pruebas mas visibles; que debemos aprovecharnos de las que nos ha dado; que desde que hay un buen camino para llegar al término, es ridículo quejarse de que no haya otros; que seria tan loco como irreverente tener á mal que el Criador no nos haya dado lo que no quiso darnos; que seria necedad el censurar su conducta, sin poder conocer sus motivos, y cerrar los ojos á la luz con el pretexto de que no es mas luminosa; que el hombre á quien se da una antorcha para que se dirija en la obscuridad de la noche, seria insensato si la apagara, porque le falta la luz del sol, y que merecia ó perderse ó precipitarse; y que, en fin, habiendo nosotros recibido tantas luces en la razon y la religion, nos debemos aprovechar de ellas, sabiendo que bastan para conducirnos sin peligro.

Vuestra respuesta seria sólida y verdadera, y es la misma que ahora os doy: Yo os he probado la Resurreccion de Jesucristo por pruebas históricas del hecho, que producen una conviccion tan evidente, que ningun juicio sano puede resistirse;

yo os he mostrado fundamentos tan claros, que por sí solos, independientemente de otros muchos, bastan para que la razon se determine. ¿Os parece justo que despues de haberos puesto de bulto un objeto, que despues que vos le habeis visto me digais que no existe, porque debiera verse con luz mas luminosa? ¿Os parece razonable acusar á la Providencia de lo que no ha hecho, sin hacer cuenta de lo que hizo, y pretender que vuestro capricho sea la regla de su sabiduria? ¿Os parece cuerdo oponer las ideas de lo que pudiera ser á lo que ciertamente es; dejar de creer lo que se percibe, porque no se ve lo que se quisiera percibir; y en fin, atacar con las quimeras de la imaginacion actos públicos, hechos probados, que solo son los que pueden decidir en asuntos históricos de semejante naturaleza?

¡Dios mio! ¿á dónde irian todas las verdades? ¿dónde pudiera fijarse la certidumbre humana, si se dejara vagar la imaginacion á la ventura? Todo se volveria confusion. No hay hecho por auténtico, por probado que estuviese, que no se pudiera contestar. Un carácter dificultoso y suspicaz hará problemático todo lo que quiera, las pruebas mas demostrativas no le convencerán; despues de unas pedirá otras, y otras despues de estas, sin que sea posible terminar; y para satisfacer á la triste fecundidad de sus recursos, seria menester abandonar todas las reglas del buen sen-

tido y de la crítica, y correr aquí y allá sin principio ni regla fija, siguiéndole á todos los extravíos á que nos quisiese trasportar. Señor, cuando se quiere apurar una verdad, es menester poner un freno á la imaginacion, y no dejarse conducir mas que por las reglas del buen juicio.

Por ejemplo, vos me decís que si la Resurreccion de Jesucristo hubiera sido pública y manifiesta, la hubieran creído todos los judíos, porque la hubieran visto: yo os digo que aunque la hubieran visto, no la hubieran creído, y os lo voy á demostrar. Los otros milagros de Jesucristo eran públicos y manifiestos; todos los veian ó los podian ver, pues se hacian en las calles y plazas. Los que hicieron despues los apóstoles eran de la misma naturaleza, y los que hicieron despues sus sucesores tambien lo fueron, y no solo en la Judea, sino por toda la tierra todos han sido notorios. Los mismos enemigos de la religion los confesaban, y por eso se multiplicaba tanto el número de los cristianos; con todo, ha habido muchos que ni los creyeron ni se convirtieron. Ve aquí, pues, milagros públicos é indisputables que no han producido su efecto; y vos me confesaréis que los que no creyeron la resurreccion de Lázaro, podian muy bien dejar de creer la de Jesucristo.

Pero dejando aparte todas estas respuestas, permitid que os diga, que volveis á los argumen-

tos negativos, y que estos no pueden probar contra los hechos positivos. La nada no puede probar nada: y por un consentimiento universal la objecion mas insoluble, y á que no es posible responder, no puede destruir las pruebas que establecen y demuestran, y solo sirve para hacer patente la ignorancia del que ha probado. Y si este principio es verdadero en los objetos de la fisica y de la naturaleza, ¿qué será en los de la religion tan elevados y superiores á nosotros?

Yo pudiera, pues, confesar, que no alcanzo á resolver vuestra dificultad, sin dejar por eso de apoyarme con los piés y las manos sobre mis pruebas, ni desconfiar un instante de su verdad. Pudiera deciros, que no soy capaz de juzgar lo que Dios no ha hecho, ni del por qué no lo ha hecho; pero que no puedo dejar de juzgar de lo que hizo, cuando me lo manifiesta con pruebas claras que me lo hacen ver: que lo que pudiera ser y no es, no existe; que así no puede presentar luz á mi inteligencia, y que esta no se puede ocupar mas que de objetos reales; que yo puedo seguirlos, cuando la evidencia va con ellos y me acompaña; pero que al instante que me abandona, me detengo y los dejo.

Ya se ve, que con estos principios no me pueden embarazar las mayores dificultades, porque supuesto que os haya probado la verdad de la Resurreccion, no me pueden hacer fuerza vuestras

reflexiones. Vos me diréis: la Resurreccion podia ser mas pública; sin duda: hubiera sido mejor; no lo creo, pues Dios no lo hizo; hubiera persuadido á todo el mundo; lo dudo. Pero porque no fué pública, ¿se infiere, que no ha sido de la manera que fué? Porque no se hizo como os parece que se debia hacer, ¿todas las pruebas que os he alegado, han perdido su fuerza? Esta seria una lógica de nueva especie, y equivaldria á este discurso: yo tengo cien razones seguras y convincentes, de que tal hecho es cierto; pero como yo pido una mas, ó la explicacion de una dificultad que no se me puede dar, echo por tierra las cien razones, y no lo quiero creer.

Ve aquí en substancia vuestro racionio. Despojémosle de sus agregados, y verémos que se reduce á esto: Yo no creo la Resurreccion de Jesucristo tal como se me refiere; porque si fuera cierta, siendo obra de Dios, hubiera sido mas pública y gloriosa. Es como si me dixerais: Yo no creo que este sol que me alumbra, sea obra de Dios, porque si lo fuera, seria mas grande y luminoso; y como á todo lo que ha criado, se ha servido ponerle un carácter de limitacion, y que pudiera haberlo hecho mejor de lo que quiso hacerlo, vos pudiérais concluir siempre, que nada de lo que veis puede ser obra de Dios. Ved hasta dónde la imaginacion puede extraviarse, cuando no la refrena la modesta cordura de la razon.